



INTER NOS

FEDERICO  
FERNÁNDEZ  
DE BUJÁN

## DARÁN GANAS DE QUEDARSE AQUÍ

Desconcierta que a los «residentes en Madrid» nos consideren forasteros en nuestras tierras de origen

Cuando «abran» Madrid y terminen los confinamientos perimetrales de las demás regiones, tengo para mí que a «los de Madrid» nos darán ganas de «quedarnos aquí»... hasta que nos reclamen «a gritos» para que vayamos «allí», porque nos necesitan para vivir... o incluso diría que para «sobrevivir». ¡Qué sería de tantas ciudades y pueblos de nuestra querida España si «entrase el año y saliese» y los «madrileños» no nos hiciésemos presentes!

Y es que, de un tiempo a esta parte, se califica al de Madrid como persona «non grata» en algunos lares de nuestra geografía patria. Puede deberse a que la pandemia nos ha golpeado dramáticamente. Pero, otras veces, resulta de una actitud poco lúcida o malintencionada. Así, «aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid»... se ha visto la ocasión para «meterse» con Madrid.

Somos el principal motor económico del país, no solo por lo que se hace y se trabaja en la capital, sino también por lo que millones de personas de «nuestra comunidad» aportamos a las economías locales, en nuestras escapadas de ocio y negocio. Y digo «nuestra» y rectifico, pues lo nuestro siempre lo consideramos de «todos». Así lo demostramos, cuando cualquiera nos visita o se traslada a vivir entre nosotros.

Además, cuando se dice «vienen los madrileños»... ¿de quién se habla? Estoy desconcertado que a millones de «residentes en Madrid» se nos considere forasteros en nuestras tierras de origen cuando vamos a veranear, descansar o ver a la familia. Muchos lo hacen en sus propiedades. Me quedo atónito cuando una autoridad autonómica declara: «las casas de los madrileños serán controladas» o cuando otra nos conmina a respetar las medidas sanitarias y las distancias «sobre todo con los residentes de esa comunidad». Pero... ¿de qué van?, como dirían los jóvenes.

Dan ganas de «cerrar» Madrid a todos los que no viven aquí. Y que no puedan entrar para pasar un puente, disfrutar de la Navidad, acudir a una consulta profesional y un largo etcétera. Pero «nunca» lo haremos, pues es contrario a nuestra «naturaleza». Porque si nos cerrásemos... dejaríamos de «ser Madrid».



Sobre estas líneas, el bar Melo's en la calle de Ave María de Lavapiés, cerrado. A la izquierda, muestras de cariño pegadas por clientes en su cierre

*Lavapiés se queda huérfano de uno de sus locales más icónicos, con 40 años de historia y unas croquetas inolvidables*

# Cierra el Melo's: una nueva baja entre los bares de siempre

ADRIÁN DELGADO MADRID

En el 44 de la calle de Ave María la lluvia acaricia el cierre del Melo's y los mensajes de despedida de los clientes de toda la vida detienen la mirada del peatón curioso. Antes lo hubiera hecho el aroma a cocina de casa que, desde bien temprano –aunque abriera siempre a las 20 horas–, despertaba el apetito en este bar de Lavapiés. Encarni y José Ramón, artífices de la felicidad que eran capaces de concentrar sus croquetas líquidas, entre otras pocas pero alabadas recetas clásicas, se llevan consigo su receta. Ellos y su hija Azucena, Azu para los amigos y vecinos que la vieron crecer entre las mesas, que al otro lado del teléfono intenta resumir el cúmulo de emociones que provoca en su familia esta anunciada despedida.

«Mi padre nunca se imaginó haciendo otra cosa que no fuera trabajar de-

trás de la barra de su bar», asegura superada por las muestras de cariño recibidas. Tras ser diagnosticado de una grave enfermedad, José Ramón ha intentado evitar el cierre del Melo's por todos los medios sin que el Covid-19, extrañamente, haya tenido nada que ver. «Es su vida. No sabe hacer otra cosa. Ni quiere», insiste su hija en una especie de viaje emocional que va de un recuerdo a otro, la mayoría felices.

«Mi hermano y yo aprendimos a caminar, a jugar, hasta a patinar entre las mesas y las sillas del bar. A los trece años empecé a ayudar con cosas sencillas como rellenar servilleteros, limpiar o darle vueltas a la comida en las ollas. De ver a mi madre, aprendí su receta de croquetas que ahora solo podrán disfrutar mis hijos, mis amigos y mis vecinos», presume.

El local se vende con la posibilidad de hacerse con el traspaso de un negocio que nunca dejó de funcionar. «Ha-

bía que hacer cola siempre para entrar», recuerda Marisu Baretta, dueña de la tienda Chiribiris, contigua al bar. «El cariño y la calidez de sus dueños, de toda la familia, será irremplazable para el barrio», asegura. Triste también se muestra el propietario de la histórica tienda «José Luis y sus chaquetillas», dedicada a la venta de ropa de trabajo para la hostelería. «Ramón y Encarni han hecho mucho bien por este barrio. Han ayudado siempre a la gente. Me da mucha pena que se vayan y que cierre otro local emblemático para Lavapiés», dice José Miguel López recordando las zapatillas –la otra especialidad de la casa: una gran rebanada de pan a la plancha con lacón y queso–. «Pesaban casi un kilo. Eran únicas», asegura.

Encarni y José Ramón completaban la oferta de cocina con poco más: pimientos de padrón, empanadillas, morcilla, lacón a la plancha, queso de tetilla y queso con membrillo. No hacía falta más para tener lleno hasta la bandera un local que ahora anuncia a la venta una inmobiliaria especializada bajo el reclamo de haber logrado una facturación media mensual de más de 60.000 euros. «Yo, por una situación personal también muy delicada y con tres niños pequeños que son mi prioridad, no puedo quedarme con el Melo's. Me cuesta mucho aceptar que ya no será el mismo, pero espero que quien se lo quede sepa conservar su esencia», desea Azucena.

La lluvia sigue acariciando ese cierre del Melo's pero no consigue borrar el cariño que la familia Álvarez ha dejado tras cuatro décadas allí. Tampoco lo hará el tiempo. Los buenos bares y la buena gente siempre quedan en la memoria.